

Tsang Ñon Heruka

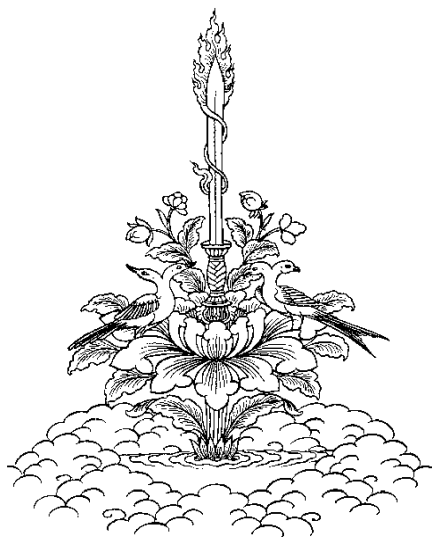
La vida de Milarepa

El gran yogui del Tíbet

Traducción del

tibetano de

Francesc Navarro i Fàbrega



CAPÍTULO TERCERO

La destrucción de sus enemigos

Entonces, Rechung dijo:

—Maestro, al principio nos dijiste que cometiste algunas fechorías. Cuéntanos qué hiciste, por favor.

—Acumulé actos negativos recurriendo a la magia y causando granizos —dijo Milarepa.

—Maestro, ¿qué circunstancias te llevaron a recurrir a la magia y a provocar granizos?

Entonces, el maestro continuó:

—Cuando estudiaba en Mithoguéka, un día acompañé a mi tutor al Valle Bajo de Tsa, ya que se le había invitado para presidir la fiesta de una boda. Mi tutor bebió mucha cerveza, no sólo la que yo le serví, sino también la que los demás le dieron y me pidió que me adelantara hacia la escuela con los regalos que le habían hecho. Yo también iba bebido. Al escuchar a los cantantes, también tuve el deseo de cantar y, como tenía buena voz, fui todo el camino cantando. El camino pasaba por delante de mi casa y, al pasar por delante de la puerta, iba cantando. Mi madre estaba en casa tostando cebada y me oyó pasar. «¿Qué es esto? Parece la voz de mi hijo. ¿Pero cómo puede ir cantando con la miseria que nos ha caído encima?» Y sin creer lo que estaba escuchando, echó un vistazo fuera. Al verme, exclamó un grito de sorpresa. De la mano derecha soltó las pinzas y de la mano izquierda, el movedor. Dejando que la cebada se quemara en el fuego, cogió un palo con una mano y un

puñado de ceniza con la otra, bajó las escaleras grandes rápidamente, saltó los escalones pequeños, y salió fuera. Me tiró las cenizas a la cara y me golpeó la cabeza varias veces mientras gritaba:

—¡Padre Mila Bandera de Sabiduría! ¿Éste es tu hijo? Pues no se lo merece. Mira qué suerte hemos tenido, ¡la madre y el hijo! —Y, al decir esto, se desmayó.

En aquel momento mi hermana venía corriendo calle arriba y dijo:

—Hermano mayor, ¿qué estás haciendo? ¿Qué le ha pasado a nuestra madre?

Y sus llantos me hicieron recuperar la conciencia. Entonces, yo también lloré mucho. Peta frotó las manos de mi madre mientras la llamaba por su nombre. Al cabo de un rato, se recuperó y se levantó. Fijando los ojos llenos de lágrimas en mí, dijo:

—Siendo los seres más desgraciados de este planeta, ¿crees que es correcto que cantes? Sólo de pensarlo, yo, tu anciana madre, me consumo en la desesperación y no puedo hacer nada más que llorar.

Entonces, lamentándonos juntos, los tres lloramos. Dije:

—Madre, tienes razón. No estés triste. Haré lo que tú quieras.

Mi madre dijo:

—Desearía que fueras con un buen vestido y montaras a caballo y que tus estribos hicieran levantar las cabezas de nuestros odiados enemigos. Pero esto no es posible. En cualquier caso, les podrías hacer daño utilizando algunos medios ingeniosos. Me gustaría que aprendieras bien a hacer magia y maleficios y que, primero, aniquilaras al tío y a la tía y, después, a todos los lugareños y vecinos que nos han tratado tan cruelmente. Quiero que los maldigas hasta su novena generación. Ahora, ve y mira si puedes conseguirlo.

—Madre, lo intentaré. Prepárame las provisiones y un regalo para el maestro —le contesté.

Así pues, para que yo pudiera aprender magia, mi madre vendió la mitad del campo Pequeña Alfombra de Pelo. Con el dinero conseguido compró una turquesa llamada Gran Estrella Deslumbrante, un caballo blanco, muy querido en esa región, que se llamaba León Desenfrenado, dos fardos de tinte y dos paquetes de azúcar de caña. Haciendo esto, finalizaron los preparativos para mi viaje.

Primero, fui a pasar unos días en una posada llamada Lundrup en Gungthang. Cinco chicos amigables llegaron diciendo que venían de Ngari Dol e iban a las regiones de Ü y Tsang para estudiar magia y religión. Les propuse que, como yo también quería ir a estudiar magia, me dejaran ir con ellos. Estuvieron de acuerdo. Los llevé unos días a casa de mi madre, a Gungthang, y los traté como invitados durante muchos días.

Mi madre les dijo secretamente:

—Este hijo mío no tiene voluntad. Por tanto, vosotros, sus compañeros, debéis animarlo para que adquiriera muchos conocimientos de magia. Cuando llegue ese día, os ofreceré mi hospitalidad y regalos muy generosos.

Después, cargando los dos fardos de tinte en el caballo, y guardándome la turquesa, continuamos nuestro camino. Mi madre nos acompañó durante un rato.

Mientras mis compañeros bebían unas tazas de vino para despedirse, mi madre les dio muchos consejos. Casi incapaz de separarse de mí, su único hijo, me cogió fuerte de la mano, me llevó a un lado y, con el rostro lleno de lágrimas y la voz interrumpida por sollozos, me dijo:

—Sobre todo, recuerda nuestra desgracia y vuelve cuando los signos de tu magia se puedan manifestar en nuestro pueblo. La magia de tus compañeros y la nuestra no es la misma. Su magia es la de los chicos bien queridos, que la quieren sólo para pasarlo bien. La nuestra es la magia de la gente que

ha sufrido una tragedia. Por lo tanto, necesitarás una voluntad firme. Si vuelves al pueblo sin hacer muestra de tu magia, yo, tu madre, me mataré delante de tus ojos.

Le prometí que llevaría a cabo la tarea y me despedí diciéndole que la quería mucho.

Caminando, yo miraba atrás continuamente y lloraba mucho y, ella, que me quería tanto, nos miraba con lágrimas en los ojos hasta que desaparecimos de su vista. En ese momento de emociones a flor de piel, me pregunté, por un instante, si alguna vez volvería con mi madre. Tenía la sensación de que no la volvería a ver nunca más. Finalmente, cuando nos perdió de vista, dio media vuelta y se marchó llorando a casa.

Pasados unos días, comenzaron los rumores de que el hijo de Joya Blanca había ido a estudiar magia.

Seguimos el camino hacia Ü y Tsang y llegamos a Yakdé, en el valle de Tsang'rong. Allí, vendí el tinte y el caballo a un hombre muy rico y, a cambio, recibí oro.

Después de cruzar el río Tsangpo, volvimos a Ü. En un lugar llamado Tunlok Rakha encontramos a muchos monjes honorables y les pregunté si conocían un maestro en la región que conociera bien los secretos de la magia, los encantamientos y la provocación de granizos. Uno de los monjes respondió:

—En Kyorpo, en Yarlung, vive un maestro llamado Yungton Troguiel de Trak. Tiene mucho poder con los encantamientos, la brujería y los maleficios.

Como aquel monje era discípulo suyo, fuimos a encontrarnos con el maestro Yungton y llegamos a Kyorpo, en Yarlung.

Cuando nos presentamos ante el maestro, mis compañeros sólo le ofrecieron regalos insignificantes, mientras que yo se lo di todo, el oro y la turquesa, y le dije:

—Además, le ofrezco mi cuerpo, mi habla y mi mente. Mis vecinos y otras personas de mi pueblo no pueden soportar la